

LA FÁBULA MITOLÓGICA EN JUAN DE MONCAYO

Carmen GIRAL VIU

María SÁNCHEZ CASTRO

Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación de Huesca

El apelativo «Poetas del Ebro» fue acuñado por Cossío para nombrar a una serie de poetas aragoneses del siglo xvii que siguen la estela poética de Góngora. Dice Cossío que cuando las poesías de los hermanos Argensola alcanzaban la máxima divulgación, ya «corrían las de Góngora entre los poetas de Zaragoza»¹ cuyas composiciones tomaban el rumbo gongorino. Pese a esta influencia común, no llegaron nunca, sin embargo, a formar una escuela propia, si acaso un grupo con algún rasgo similar. Como poetas del Ebro y dentro de este epígrafe se incluyen Esteban Manuel de Villegas y sus *Idilios*, Alberto Díaz y Foncalda, autor de *Poesías varias*, obra en la que se incluye una *Fábula de Júpiter y Danae*; también citaremos a Baltasar López de Gurrea, autor de un libro de poesías que lleva el título de *Clases poéticas* y en el que podemos leer la *Fábula de Júpiter y Europa* y la de *Faetón y Epafó*. No podemos olvidar la figura de Francisco Jacinto Villalpando Henríquez y su poema *Amor enamorado*, así como a Gabriel Garcés y Gralla, autor de la *Fábula de Venus y Adonis*. Hay que mencionar también la fábula anónima de *Céfalo y Procris*, inserta en el *Cancionero de 1628* de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza y por último a Juan de Moncayo, marqués de San Felices, quien escribió un libro de poemas bajo el nombre de *Rimas*.²

Pasaremos a continuación a ocuparnos del último de los autores mencionados, Juan de Moncayo. Este, como ya hemos dicho antes, sigue las directrices marcadas por la poética de Góngora, algo que se aprecia de modo relevante en las fábulas mitológicas que compuso y que han sido calificadas por Aurora Egido como «las más gongorianas». Nació Moncayo en los albores del siglo xvii en Zaragoza, en el seno de una familia nobiliaria. Fue caballero del Hábito de Santiago y comenda-

¹ J. M. Cossío, *Fábulas mitológicas en España*, Madrid, 1982, p. 80.

² J. DE MONCAYO, *Rimas*, ed., introd. y notas de Aurora Egido, Madrid, Espasa-Calpe, 1976.

dor mayor de Montalbán. Heredó el título de marqués de San Felices a la muerte de su madre, en 1636, habiendo entrado antes, en 1627, al servicio de la Corte. Durante su estancia en Madrid conoció el ambiente literario y cortesano y ello le permitió entrar en relación con figuras como Lope de Vega y Paravicino, a quienes alaba en sus rimas, sin que se deba olvidar la admiración que sintió por Nicolás Antonio y el trato con José Pellicer, erudito aragonés, residente en Madrid pero muy vinculado a la vida cultural aragonesa. Pero la mayor parte de su vida transcurrió en Zaragoza, donde era habitual su presencia en las academias literarias de esta ciudad. Sabemos, además, que gozó de la amistad de Gracián, de Uztárróz y de Lastanosa, con quien mantuvo una relación que atravesó momentos difíciles. Dos son sus obras fundamentales, *Rimas*, de la que ya hemos hecho mención antes, y *Poema trágico de Atalanta e Hipomenes*, publicado en 1656, al poco tiempo de lo cual moriría. *Rimas* fue editada por primera vez en Lérida en 1636 y tuvo una segunda edición en Zaragoza el año 1652. Entre estos años (1636-1652) Moncayo sometió la obra a constantes revisiones, para lo cual contó con la ayuda del erudito oscense Uztárróz, según se desprende de la correspondencia que ambos mantuvieron.

Rimas es una obra en la que podemos encontrar poemas amorosos, bíblicos, heroicos, laudatorios, necrológicos y de circunstancia, en los que hace referencia a hechos y figuras de su tiempo. A lo largo de esta obra aparecen también varias fábulas mitológicas: *Fábula de Júpiter y Leda*, *Fábula de Júpiter y Calixto*, *Fábula de los Titanes*, *Fábula de Venus y Adonis* y el *Llanto de Ariadna*. A continuación dedicaremos un espacio a comentar dos de ellas: la *Fábula de los Titanes* y la *Fábula de Júpiter y Leda*. Comencemos, pues, por la primera. La *Fábula de los Titanes* es un romance de 96 versos en los que trata el asalto al Olimpo por parte de los Titanes. El poema constituye una súplica a Júpiter para que destruya la soberbia de estos Titanes, que tratan de suplantar a los dioses. Aunque en la fábula se alude a estos, parece que Moncayo se refiere a los Gigantes, siendo habitual la confusión de nombres entre los poetas que tratan este tema. Así pues, el aragonés recrea en su composición el intento de Titanes o Gigantes por usurpar el gobierno del universo a Júpiter. El dios, asustado por las amenazas de aquellos huye abandonando el trono, lo que desencadena una serie de recriminaciones por parte del autor, que se dirige a Júpiter ordenándole que retome su lugar, haga justicia y se enfrente a ellos, para lo que no le habrán de faltar al dios, en opinión de Moncayo, las ayudas de los demás dioses del Olimpo. Sin detenerse en el relato del enfrentamiento entre unos y otros, Moncayo nos presenta a continuación a un Júpiter victorioso, que ha impuesto su orden y ha condenado a sus enemigos a permanecer enterrados bajo la isla de Sicilia, de modo que, no solo su divino poder y su gran fama quedan restablecidos, sino también con ello la tranquilidad y alegría de los otros dioses. Este, que es a grandes rasgos el argumento de la fábula de Moncayo, parece inspirarse en Ovidio, quien en el libro V de sus *Metamorfosis*³ recrea también este mi-

³ OVIDIO, *Metamorfosis*, Introducción y notas de Antonio Martínez de Verger, Madrid, Alianza, 1999, libro I (vv. 151-157), libro II (vv. 182-186) y libro V (vv. 318-327 y 352-354).

to. Sin embargo, se aprecian diferencias en el tratamiento que de este hacen uno y otro autor. Si Moncayo alude a los Titanes, Ovidio habla en sus versos de los Gigantes, aunque, como ya se ha dicho antes, era habitual tal confusión en las leyendas. Ambos, Ovidio y Moncayo, los presentan ansiosos por ocupar el reino de los cielos, para lo que levantan y apilan montañas que lleguen hasta las estrellas. En este momento del relato, Ovidio refiere cómo Júpiter lanzó su rayo y destruyó con él el Olimpo y derribó al Petio del Osa que lo sostenía. Moncayo, por su parte, no alude a tal hecho e inicia su fábula presentando a los Titanes con los calificativos *sacrílegamente fieros, bárbara canalla, disformes, despeños de la soberbia y asolación de los hombres*. Estos Titanes siguen las órdenes del caudillo Tiseo, a quien Moncayo alude con el nombre de Tifonte, mientras que Ovidio lo hace con el de *Tifeo*. El aragonés dice de este caudillo que es un ser *violento, duro y feroz*, capaz de infundir espanto a los dioses, adjetivos que siguen la línea de los utilizados por Ovidio.

El temor que estos Titanes provocan en los dioses es también un elemento común a los dos poetas, y de hecho, en los relatos de ambos, los dioses huyen despavoridos ante la presencia de aquellos. Sin embargo, Ovidio se entretiene en contar la huida de los dioses y según se ve en el libro V de las *Metamorfosis*, estos llegaron agotados a Egipto, tierra que los acogió y en la que se ocultaron bajo falsas apariencias (Júpiter, por ejemplo, se transformó en pastor de rebaños). No existe ninguna mención de todo esto en la fábula de Moncayo, quien se conforma con insistir en la cobardía de Júpiter, el primero en abandonar el Olimpo y tras del cual huyen todos los demás dioses. Moncayo se dirige en exclusiva a Júpiter a quien, en tono recriminatorio, le acusa de infligir castigos a los mortales y no tener agallas para enfrentarse a los Titanes y a su soberbia. Muy enojado se nos muestra Moncayo en estas palabras que dirige al dios en las que, además, le recuerda que ha llegado el momento de impedir el desorden, de ultrajar la soberbia y de descomponer el error, en una palabra, Moncayo le exige a Júpiter venganza ante un cielo que se desploma. Continúa el aragonés diciéndole a Júpiter que no tema, que para tal ocasión no le habrá de faltar la ayuda y colaboración del resto de moradores del Olimpo. Palas, Venus, Marte y Neptuno, a quienes se unen el Sol y la Luna, pondrán a su servicio sus armas más eficaces, lanzas, flechas, estoques y arpones, respectivamente, es decir, todas las fuerzas de la naturaleza y el universo entero, que representan estos dioses y elementos, se unirán en ayuda del dios que gobierna el cosmos. A toda esta imprecación a Júpiter dedica Moncayo 36 de los 96 versos que ocupa el relato entero, y tras ella, sin entretenerse en mostrar el enfrentamiento directo entre dioses y Titanes, el autor presenta a un Júpiter ya victorioso y a unos Titanes burlados y condenados por el dios a permanecer sepultados bajo el monte Etna, en Sicilia. En este punto, retoma Moncayo los versos ovidianos. Se menciona al caudillo de los Titanes: el latino habla de Tifeo, mientras el aragonés se refiere a él con los nombres de Encelado y Tifonte, nombres con los que también se conoce a Tiseo en la tradición clásica. Tanto en uno como en otro poeta hallamos la imagen del gigante, tendido boca arriba bajo el volcán, cuya lava sería efecto de la respiración y vómitos de Tiseo. Hasta este punto llega el relato ovidiano, pero Moncayo continúa su fábula recordando que nadie hay más poderoso que Júpiter, cuya actua-

ción ha restablecido el orden divino, lo cual ha aumentado su fama. No podemos pasar por alto pues, que Moncayo tiene como fuente de su fábula el relato ovidiano, si bien recrea el mito de un modo particular, propio, implicándose en el desastre que se avecina en el Olimpo y dirigiéndose a Júpiter al que, como hemos visto, le exige una pronta y decidida actuación en contra de los Titanes. La insistencia en la fama que con todo esto ganará Júpiter es también otro rasgo exclusivo de Moncayo. Y en último término cabe atribuir a la fábula del aragonés un sentido moral del que carece la versión de Ovidio: la soberbia será castigada por el poder de Dios.

Tintes muy distintos tiene la *Fábula de Júpiter y Leda*. Cuenta en ella Moncayo el encuentro amoroso entre la ninfa Leda y el dios Júpiter, quien para la ocasión transforma en cisne. Dicho encuentro amoroso tiene lugar en plena naturaleza, una naturaleza fecunda en olores y colores y en la que se recrea el marco bucólico de amor. Además Moncayo incluye también alusiones a la fábula mitológica de Castor y Pólux y a la de Clitemnestra y Helena. El poema tiene una extensión de 280 versos endecasílabos distribuidos en octavas reales. Comienza el relato con la descripción del paraje en que se produce, en un espacio cuya vegetación renace con la llegada de la primavera, mientras que Aura acaricia las plantas con su soplo apacible de aire. Esta brisa amorosa balancea a las flores que desprenden así aromas y olores, síntomas de la vida que bulle en ellas. Todo está teñido de tonos verdes, blancos y rojos. No falta la rosa, ni tampoco su dulce néctar, aquel que toma Amaltea, la cabra nodriza que amamantó a Júpiter cuando era niño. Los prados están inundados de rocío y por ellos discurren las fuentes recrecidas por el efecto del deshielo primaveral. Si las flores lo inundan todo de olores, las fuentes lo hacen de sonidos acordados y armoniosos. Los árboles también evidencian la llegada de la primavera vestidos como están de colores y al tiempo, «pomposos y crecidos», por sus troncos se enredan los pámpanos. El lirio aporta una nota de blancura, pues toma su belleza de la nieve, y esta blancura contrasta con el rojo de los claveles. Con la imagen «líquidas sierpes», se refiere Moncayo a los ríos en cuyas aguas se ven reflejados estos claveles aunque tal vez aluda a las gotas de rocío que resbalan por los tallos de estas flores. Lirios, violas y jazmines cubren la tierra y como si de una alfombra se tratara, la protegen de los rayos solares. No podía faltar en el paisaje el ave clásica por excelencia, la Filomena, que con trino armonioso expande su pena por el bosque, asomada entre las ramas de un chopo a cuyos pies crece blanca la azucena por haber tomado su color del albor del día. Próximos a este chopo, otros árboles muestran sus gustosas frutas, a las que alude el poeta con el calificativo de *deidades*; se trata de manzanas, peras y cerezas entre cuyos colores establece Moncayo un fuerte contraste cromático. Los limones, por su parte, son tan amarillos por tomar su color del oro (al igual que lo hace el cabello rubio en tantos poemas de este tiempo). Y no faltan los albergues, voz aragonesa, usada en lugar del término albaricoque propio del castellano. Entre todas las flores destaca la mosqueta, rosal pequeño, preñado de flores blancas y diminutas en cuya descripción encontramos una de las más hermosas metáforas; el poeta se refiere a ellas como «florido invierno y copos que nevó la naturaleza». Jilgueros, mirtos, vides, álamos, yedras, clavelinas y azucenas completan la lista de los elementos

naturales que dan vida al espacio escenográfico en el que habrá de acontecer el encuentro entre los amantes. Protagonista también de este paraje es el agua, que en forma de río se abre paso entre las rocas y su discurrir semeja una contienda de cristales, en el efecto del chasquido del agua en las piedras del cauce; allí donde el agua se remansa aparece la ninfa Leda dispuesta a tomar un baño. Dotada de la hermosura y juventud propia de estas deidades, Leda comienza a desnudarse con parsimonia. De forma progresiva el poeta la describe, acudiendo para ello a los tópicos de belleza femenina tan habituales en la literatura de los Siglos de Oro: «mejillas púrpuras que toman el color de la rosa», «ojos azules reflejo del cielo», «frente ancha y blanca que le otorga la espuma de los arroyos» y «cabello suelto, rubio y ondulado que causa la envidia al oro». Su boca es más roja que el clavel, su pie, «nevada planta», en la oreja lleva prendida una perla cuya belleza no alcanza la de su portadora. Descrita en estos términos Leda, el autor presenta a Júpiter, escondido entre unas ramas, expectante y maravillado por la belleza de la ninfa. Es un flechazo, un amor a primera vista, el tópico ovidiano del «amor puellæ visæ». Mientras ella se desnuda, más aumenta en él el deseo de poseerla, pues, liberada de sus prendas se aprecia aún más su belleza. Suavemente deja caer su velo sobre la hierba, que se convierte así en un verde catre; los lazos de colores se posan sobre las flores y estas envidian sus colores. De forma muy delicada la ninfa se introduce en el río, su pie besa el agua y su efecto refrescante contrasta con la pasión que, más y más, arde en Júpiter. El río le devuelve a Leda su imagen y ella contempla su propia belleza. Ya en el agua, la ninfa se mueve con ademán armonioso, mientras Júpiter se transforma en cisne, avanza poco a poco hacia ella, corta el agua «con nevada pluma», confiado en que con esa apariencia ella no reconozca su verdadera identidad. Gira en torno a la ninfa en círculos cada vez más pequeños hasta que le da alcance y la rodea con sus alas. Leda se muestra avergonzada, trata de deshacerse de él y su rechazo aumenta la excitación de Júpiter. Al final, ella cae rendida y el acto amoroso es aludido, como era de esperar, no de forma directa sino a través de la mención de Cupido y Anteros. Toda la naturaleza es reflejo de este amor, toda la selva arde en pasión y los versos de Moncayo se llenan de voces e imágenes que hacen patente los motivos del *ignis amoris* y de la *flamma amoris*. Abrazos adivinados, besos intuitos, caricias ocultas... todo se inserta dentro del motivo ovidiano del *gaudia amoris*. De esta unión nacerán Clitemnestra, Helena, Cástor y Pólux; así lo dice el poeta, para a continuación insertar la historia de Paris y Helena y la destrucción de Troya, relato al que se dedican 15 versos; por último el autor dedica 39 versos a la fábula de Castor y Pólux y con ello pone fin a la fábula de Júpiter y Leda. Así pues, la mayor parte de esta se reserva a la descripción del marco bucólico de amor, al desnudo de Leda y al encuentro de los amantes, siendo los otros fragmentos mitológicos un segmento menor y secundario.

Con todo cuanto hasta aquí se ha dicho queda demostrada, una vez más, la presencia de elementos clásicos en Aragón, y más concretamente en la poesía que se escribe en esta tierra en el siglo xvii. Moncayo es así la muestra de que tanto la leyenda mitológica como los motivos ovidianos encuentran en las letras aragonesas cauce y espejo en los que recobrar nueva vida.